

regalo, y la moral misma ha nacido en su esencia de la idea del deber, del pago, de la restitución de un servicio al hombre, á un grupo colectivo, á la humanidad¹.

La imitación se confunde en muchas circunstancias con la ayuda mutua, que fué en el pasado, que es aún en nuestros días y que será en todos los tiempos el principal agente de progreso del hombre. Cuando en la segunda mitad del siglo XIX Darwin, Wallace y sus émulos expusieron tan admirablemente el sistema de la evolución orgánica, por la adaptación de los seres al medio, la mayor parte de los discípulos no miraron más que el lado del asunto desarrollado por Darwin con más detalles y se dejaron seducir por una hipótesis simplista, no viendo en el drama infinito del mundo viviente sino la «lucha por la existencia». Sin embargo, el ilustre autor de *Origin of Species* y de *Descent of Man* había hablado también del «acuerdo para la existencia»; había celebrado «las comunidades que, gracias á la unión del mayor número de miembros asociados, prosperan bien y llevan á buen término la más rica progenitura»².

Pero ¡cuántos pretendidos «darwinistas» quisieron ignorar completamente todos los hechos de ayuda mutua y se pusieron á vociferar con una especie de rabia, como si la vista de la sangre les excitase al asesinato: «El mundo es un circo de gladiadores...; toda criatura está adiestrada para el combate!»³ Y bajo la cubierta de la ciencia, ¡cuántos violentos y crueles se encontraron de pronto justificados en sus actos de apropiación egoísta y de conquista brutal; satisfechos de contarse entre los fuertes, cuántas veces han lanzado el grito de guerra contra los débiles: «Ay de los vencidos!»

No hay duda que el mundo presenta al infinito escenas de lucha y de carnicería entre todos los seres que viven sobre el globo, desde las semillas en conflicto por la conquista de un terruño y los huevos de pescado que se disputan el mar, hasta los ejércitos en batalla exterminándose con furor por el acero, las balas y los obuses; pero los cuadros opuestos son todavía más numerosos, puesto que la vida predomina, y

¹ G. Tarde, *Les lois de l'Imitation*.

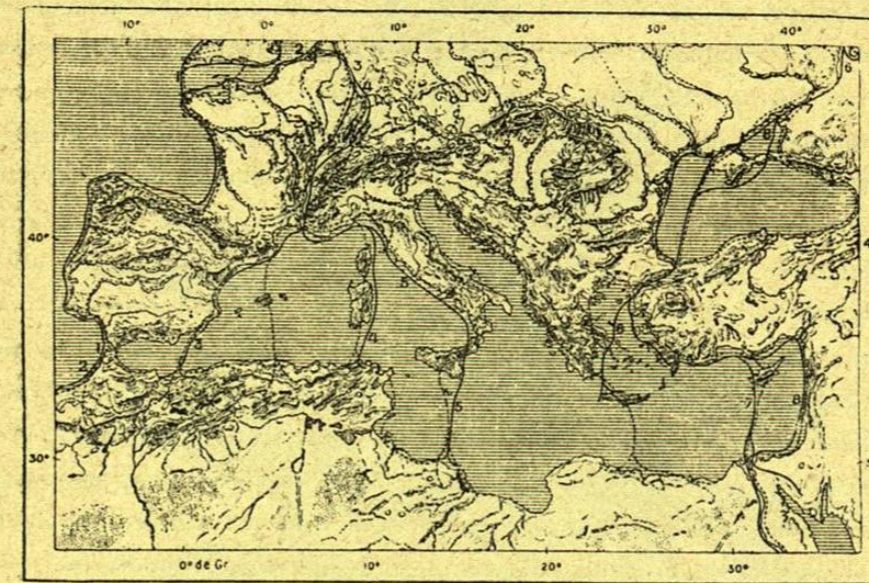
² *Descent of Man*, 2.^a edición pág. 163.

³ Huxley, *Struggle for Existence, and its bearing upon Man*.

que sin la ayuda mutua la vida misma sería imposible. Toda vez que las plantas, los animales y los hombres han logrado desarrollarse en tribus, en pueblos inmensos, y que entre ellos un gran número de individuos han recorrido su espacio normal de vida durante días, meses ó

N.º 19. Pasos de las aves

(Véase pág. 127)



Diapira J. A. Palomán

1: 40 000 000.
0 500 1000 1500 kil

La configuración de los continentes es el factor predominante en los itinerarios de las aves de paso. Ciertas especies siguen, cada una con sus preferencias, las vías pelágicas (numeradas de 1 á 8 en rasgos plenos) y quedan á la vista de las costas; otras aves vuelan todo lo posible sobre las tierras, á poca distancia del litoral y después penetran en el interior á lo largo de los ríos (itinerarios puntillados).

años, es prueba de que los elementos de acuerdo han predominado sobre los elementos de lucha. El sencillo «buen día» que en todos los países del mundo se cambia bajo las formas más diversas, indica cierto acuerdo entre los hombres, procedente de un sentimiento al menos rudimentario de buena voluntad de los unos respecto de los otros. Un proverbio árabe lo expresa de la manera más noble: «Una higuera mirando otra higuera aprende á dar frutos.» Si bien es verdad que otro proverbio, lleno todavía de los antiguos odios, limita esa buena voluntad á los

miembros de una misma nación: «No mires á la palmera, dice el árabe, porque la palmera no habla al extranjero.»

Son innumerables los ejemplos de ayuda mutua citados en las obras de los naturalistas, y no hay uno solo que no pueda encontrarse bajo formas poco diferentes entre los hombres¹. Las hormigas y las abejas suministran á este respecto hechos tan elocuentes, que admira el olvido momentáneo en que los han dejado los protagonistas de una lucha constante y sin compasión entre todos los seres que combaten por la existencia. No hay duda que se producen guerras entre tal ó cual especie de hormigas; también entre las hormigas hay conquistadores y propietarios de esclavos; pero hay que reconocer igualmente que se ayudan entre sí hasta el punto de nutrirse mutuamente en caso de necesidad y de dedicarse á trabajos agrícolas y hasta industriales, tales como el cultivo de ciertos hongos y la transformación química de los granos y, por último, que se sacrifican las unas por las otras con una devoción absoluta. Hay colonias de hormigas, que comprenden hasta millones de hormigueros habitados por especies aliadas, que presentan escenas de buena inteligencia y de paz cordial². A la vista de todas esas maravillas mentales, se siente inclinación á repetir las palabras de Darwin: «el cerebro de la hormiga es tal vez un prodigio superior al del cerebro del hombre».

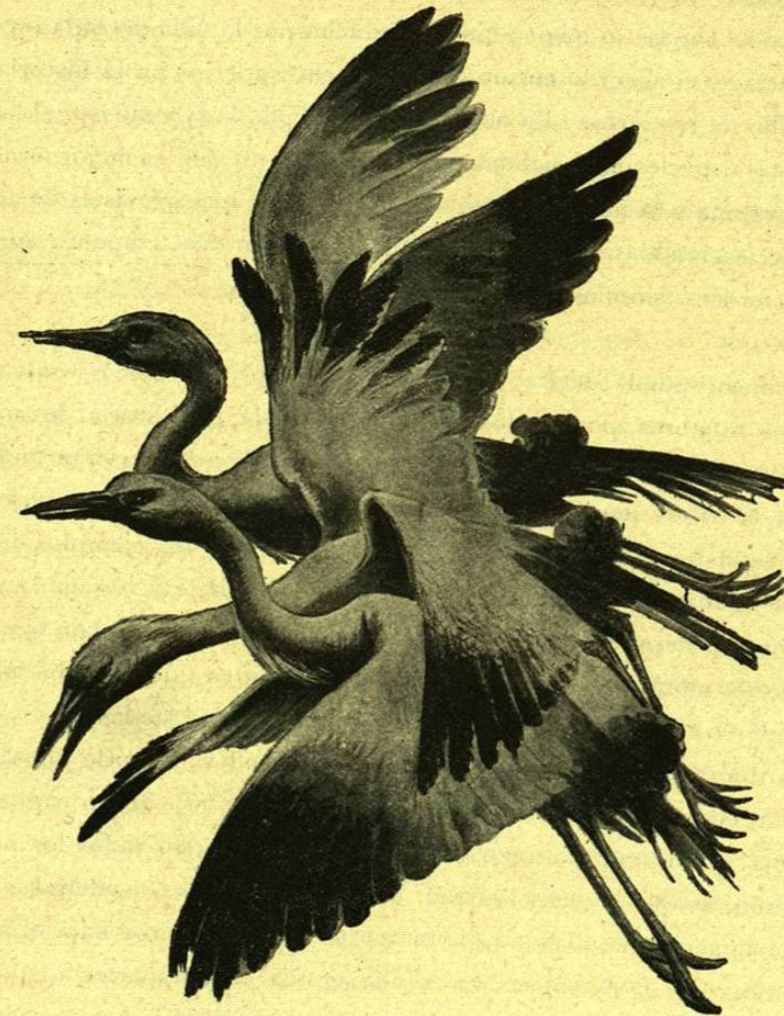
Y entre las aves, los cuadrúpedos y los bimanos, ¡cuántos hermosos ejemplos de solidaridad que une ciertas especies! La confianza mutua entre individuos de la gran familia es tal, que ninguno tiene necesidad de aprender el valor: los más pequeños pajarillos aceptan el combate con un ave de rapiña; se ha visto á la nevatilla hacer frente á un alimoche y al gavián. Los grajos, conscientes de su fuerza, dan cara al águila y la acosan con sus burlas. En las tierras arcillosas que dominan el río Colorado, en el Gran Oeste americano, se establecen tranquilamente colonias de golondrinas debajo de la roca donde pasa el halcón. Ciertas especies no tienen casi más enemigo que el hombre, y en las condiciones ordinarias viven en paz con todo el universo, protegidas por su perfecta unión, tales son los «republicanos» del Cabo, las cotorras y papagayos de los bosques americanos y hasta hace poco las ban-

¹ P. Kropotkin, *Mutual aid among the Animals*, «Nineteenth Century», 1890.

² Forel, Bates, Romanes, etc.

dadas de pájaros de la isla Loysan al Oeste del archipiélago havayano.

Entre esos animales, la solidaridad va hasta la bondad y el sacrificio, tal como el hombre las concibe y las practica, aunque no siempre. Cuando un cazador tira, para recrear su ociosidad, sobre una banda de grullas y hiere una de ellas, la cual no volando más que con un ala corre



GRULLA HERIDA SOSTENIDA POR SUS COMPAÑERAS

Dibujo de G. Roux.

peligro de caer, se reforma inmediatamente la banda, y dos compañeras, una de derecha y otra de izquierda, sostiene con su vuelo el fatigado é ineficaz de la amiga desgraciada. Hasta pequeños pajarillos se unen á los emigrantes para acompañarlos sobre el Mediterráneo: se han visto

alondras descender con bandadas de grullas después de haber atravesado el mar¹; si han sido auxiliadas ó no directamente, lo cierto es que al menos deben de haber sido acogidas para el gran viaje.

Es, pues, contraria á toda verdad la aserción de los pesimistas que hablan del mundo animal como si se compusiera únicamente de destructores desgarrándose á bocados y zarpazos y bebiendo la sangre de las víctimas². Dígase lo que se quiera, la lucha por la vida no es la ley por excelencia, y el acuerdo mutuo es con mucho superior en la historia del desarrollo de los seres. La mejor prueba de ello la tenemos en el hecho de que las especies más dichosas con su destino no son las mejor armadas para la rapiña y la matanza, sino al contrario, las que provistas de armas poco perfeccionadas, se ayudan mutuamente con más empeño: no son las más feroces, sino las más amantes.

Lo mismo puede decirse respecto de los «primitivos» ó «salvajes» entre los hombres, porque los testimonios de la prehistoria, lo mismo que el estudio de las poblaciones contemporáneas, nos muestran un gran número de tribus que viven en paz y hasta en la armonía de una posesión común de la tierra y de un trabajo también común; los ejemplos de poblaciones guerreras armadas solamente para el combate y viviendo exclusivamente de depredaciones son muy raras, aunque citadas con frecuencia. Es de moral constante entre los participantes que el individuo, si la escasez se hace sentir, debe ponerse á ración para que las provisiones puedan durar más tiempo, y á menudo los grandes, lejos de abusar de su fuerza, se privan en beneficio de los pequeños. El hecho capital de la historia primitiva, tal como se nos presenta en casi todos los países del mundo, es que la *gens*, la tribu, la colectividad, es considerada como el ser por excelencia, al que cada individuo da su trabajo y hace el sacrificio entero de su persona. La ayuda mutua es tan perfecta, que en diferentes circunstancias se extiende hasta más allá de la muerte: así en las Nuevas Hébridas, cuando moría un niño, su madre ó su tía se mataban voluntariamente para ir á cuidarle en el otro mundo³.

Hasta el asesinato ó, por mejor decir, la muerte voluntaria de los

¹ L. Buxbaum, *Der zoologische Garten*, 1886, pág. 133.

² P. Kropotkin, *Nineteenth Century*, noviembre 1890, pág. 702.

³ Gill, en Waitz et Gerland, *Anthropologie*, pág. 641.

ancianos que se practica en diversos países — entre los Battas, de Sumatra, y antes entre los Tchuktchi siberianos ya mencionados — es un hecho que convendría citar más como ejemplo de ayuda mutua que como testimonio de la barbarie de las poblaciones donde tienen lugar tales sucesos. En una comunidad en que todos viven para todos, en que la prosperidad del grupo entero es el objeto principal de cada uno y en que la dificultad de vivir es á veces grande á consecuencia de la falta de alimento ó del frío excesivo, al anciano, que recuerda su vida pasada en el esfuerzo de la lucha común y que se siente ya impotente para continuarla, comprende perfectamente la lógica de las cosas: la vida le pesa de modo diferente que al anciano de las naciones civilizadas, que, por los hábitos morales y las relaciones de sociedad, continúa siendo útil en cierta medida, ó al menos puede imaginárselo. «Comer el pan de los otros», cuando se comprende tan bien la indispensable necesidad del alimento por excelencia para los colaboradores más activos de la comunidad, acaba por convertirse en un verdadero suplicio, y por eso las personas de edad, ya inutilizados, escandalizados y horrorizados de sí mismos, piden á los suyos les ayuden á partir hacia el país del reposo eterno ó de una nueva vida eternamente joven. ¿Son verdaderamente mejores las familias modernas con sus padres envejecidos, cuando sufriendo éstos enfermedades atroces, piden llorando que se les libre del suplicio continuo ó de los dolores agudos, y que, so pretexto de amor filial ó conyugal, se les deja gemir lamentablemente durante semanas, meses ó años?

La forma comunitaria de la propiedad, que prevaleció en casi todos los países del mundo y que se mantiene acá y allá, hasta en las comarcas más completamente acaparadas por propietarios individuales, permite hacer constar que la ayuda mutua fué el ideal y la regla en los pueblos agrícolas que alcanzaron un grado de civilización muy avanzada. Allí también el cuidado de cada uno debió de ser la propiedad de todos, como lo atestiguan las mismas palabras que sirven para designar la colectividad de los aldeanos asociados. Tales son las «universidades» de los Vascos, los «mir» ó pequeños «universos» de los Rusos, las «zadrughi» ó «amistades» de los Serbios, las «fraternidades» de los Buriatos.

El término de «comuna» que el uso del latín y de sus lenguas derivadas ha generalizado en el mundo, se aplica á todos los hombres «que

toman parte en las cargas», es decir, á todos los que se ayudan mutuamente. Y de la comuna nace la comunión, la participación en el festín y el cambio de los pensamientos íntimos; porque el «hombre no vive solamente de pan», y la ayuda mutua no ha cesado de producirse por la comunicación de las ideas, la enseñanza y la propaganda. No hay un hombre, ni el más egoísta, que no se esfuerce en inculcar en la inteligencia ajena su manera de concebir las cosas, y cuanto más la sociedad progresa, más aprende el individuo aislado, aun inconscientemente, en ver semejantes en los que le rodean. La vida, que fué simplemente vegetativa, en los tipos inferiores de la animalidad, lo mismo que para los hombres que vivían en la brutalidad primera, toma un carácter muy diferente y mucho más amplio en aquellos en quienes la inteligencia y el corazón se ha engrandecido. Adquiriendo la conciencia de vivir añaden un nuevo objetivo al objetivo primero, que se limitaba á la conservación de la existencia: el círculo infinitamente desarrollado abarca para lo sucesivo el bienestar de la humanidad entera¹.

Pero hay retrocesos, terribles á veces, en la marcha del progreso humano. La ayuda mutua, que tanto ha contribuído á desarrollar de hombre á hombre y de pueblo á pueblo todos los elementos de mejora mental y moral, suele ceder frecuentemente el puesto á la lucha intestina, al feroz desencadenamiento de los odios y de las venganzas. Ese furor de exterminio entre los hombres nació casi en todas partes entre los cazadores, los matadores de profesión. La caza que hace el carnívoro á los animales, que es ya una verdadera guerra, desarrollando en el hombre como en el animal los instintos de crueldad y astucia, pudo llegar á ser indirectamente la causa de la guerra propiamente dicha, de las empresas de enconado odio dirigidas al exterminio de los semejantes; porque el cazador, preocupado siempre con la idea de encontrar alimento suficiente, no puede menos que ver con desagrado al rival que le disputa su presa: llega el momento en que el odio estalla y en que el hombre vuelve las armas contra el hombre². Esta primera guerra nacida de la caza, tiene por objeto la supresión de concurrentes, ¡y cuántas otras le siguen, todas inspiradas por el mismo rudo deseo de captura y de dominio!

¹ A. Comte, *Philosophie positive*, 1869, pág. 494.

² G. de Molinari, *Grandeur et Décadence de la Guerre*, pág. 6 y 7.

Por un singular trastorno de las cosas, el choque brutal entre los hombres, la «guerra mala», como la llama Homero, es lo que muchos escritores afectan celebrar y hasta á veces glorifican sinceramente, como la mayor educadora de la humanidad. Preciso es ver en ello la supervivencia de las antiguas creencias en la virtud del sacrificio, causadas por el terror de lo desconocido, por el miedo á los espíritus malos que van por los aires, á los manes insaciables que quieren renacer haciendo morir los vivos. «Sabe que se necesita sangre para que viva el mundo y los dioses, sangre para conservar la nación entera y perpetuar la especie». Si no se hubiera derramado sangre, ni pueblos, ni naciones, ni reinos conservarían la existencia. «¡Tu sangre vertida, oh mediador, extinguirá la sed de la tierra, que se animará con nuevo vigor!» Así cantaban los Khonds de la India Central, degollando una víctima propiciatoria para repartir la carne, fecundar los campos y santificar sus hogares¹.

Ninguna ciudad, ninguna muralla se fundó en tiempos pasados entre ciertos pueblos, sin que la primera piedra hiciese derramar la sangre de una víctima. Según la leyenda, el Radjahdhava, pilar de hierro que indica el centro de las ciudades que se sucedieron en el solar en que actualmente se eleva la ciudad de Delhi, se baña continuamente en sangre; fué plantado en el mismo sitio donde el innumerable ejército de los hombres serpientes, es decir, de los indígenas, fué enterrado vivo, á la gloria de Youdichtira, hijo de Pandou.

Es cierto que las guerras, fenómeno histórico complejo que abraza toda la sociedad en el conjunto de la vida, pueden haber sido, en virtud de su misma complejidad, ocasión de progreso, á pesar de la destrucción, de las ruinas y de los males de toda especie que directamente han causado. No hay duda que tal conflicto entre tribus ó naciones, precedido de viajes de exploración que suministraron interesantes noticias sobre comarcas poco conocidas, después, terminada la lucha, tuvo por conclusión tratados de alianza y relaciones frecuentes de comercio y de amistad. Esas relaciones fueron favorables, por cuanto ensancharon el horizonte de pueblos que antes se ignoraban, aumentaron su haber y desarrollaron sus conocimientos; pero la verdad es que, lejos de ser resul-

¹ Elie Reclus, *Les Primitifs*, pág. 374.